Un niño que florece en la calle

Hay una calle en la ciudad por la que voy y vengo a diario, casi siempre en dirección al centro. Son las calles de mi barrio, las de siempre, a veces tranquilas, a veces transitadas con las veredas de baldosas rotas que voy esquivando porque conozco de memoria.

Pero, ahí me detengo... Lo veo, lo miro, me mira y acuden a mi mente los recuerdos... No es solo un mural en la esquina de la calle Oliver y Lagos, son los ojos de mis niños, los que el aula me entregó. Tal vez la picardía de Jeremías siempre trepado a un árbol, Oscar con sus rulos indomables y bellos a la vez, Macarena, la que escondía con dolor aquellas cicatrices de lo que ella creía amor...

En esa pared aparece una historia que despierta mis emociones. Es la imagen de un pequeño de piel oscura, pintado sobre el tapial y acompañado por la frondosidad de un árbol real que casualmente se levanta detrás. Pareciera que las ramas abrazan al niño, le ofrecen calor, sombra y compañía. Las hojas le forman una cabellera tupida, una corona viva donde los pajaritos se refugian, arman sus nidos y lo alegran con sus trinos simulando un bullicioso recreo escolar. Así el árbol pasa a ser también parte protagonista de la obra.

Hacia las márgenes del mural hay varios grafitis flotando, enmarcándolo y destacando que el rincón más sencillo puede convertirse en poesía.

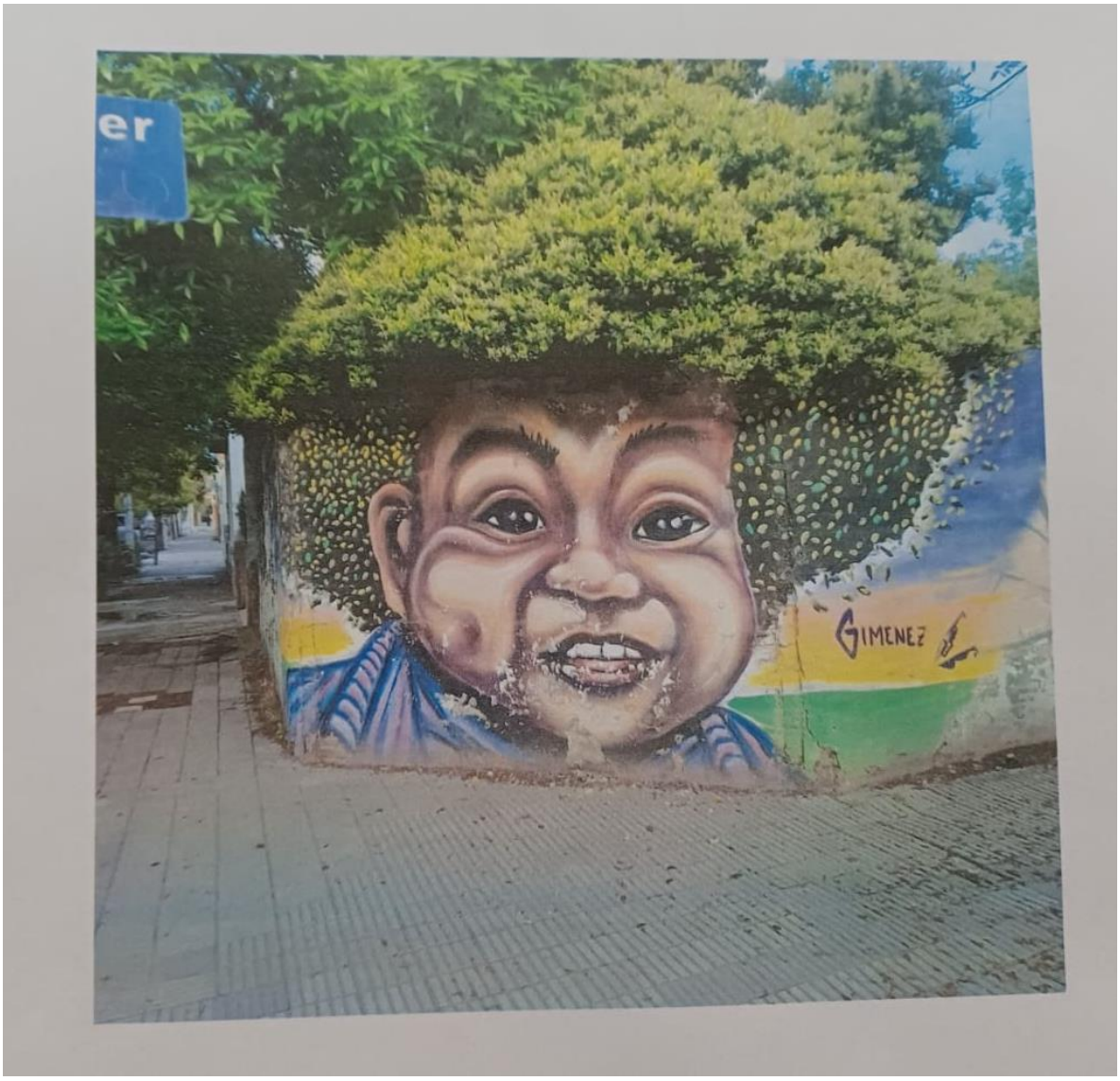
Y es así como el arte callejero pudo transformar ese espacio en un cúmulo de emociones, nostalgias y recuerdos. Tampoco necesita de una galería para exponer imágenes que conmueven al caminante, interpela desde una esquina, un callejón o los canteros de un parque. Solo hace falta detenerse un instante y aprender a mirar.

El pintor plasmó sobre un tapial envejecido, descascarado por el sol, la lluvia y la humedad a un niño multicultural con ojos grandes y vivaces, pómulos marcados y una sonrisa luminosa que transmite ternura. Mira a quien se detiene frente a él ofreciéndole alegría, inocencia y esperanza por un mundo mejor: una familia que lo ampare y una sociedad que le brinde igualdad de oportunidades.

El autor logró en mí su cometido: acuden a mi mente, los infantes que alguna vez dejaron sus historias en mi corazón. Tal vez, se magnifica mi sentir porque soy una docente jubilada y veo reflejado en este rostro a muchos pequeños que pasaron por mis aulas. Veo niños morenos y blancos, niños con cicatrices en el cuerpo y en el alma, con manos endurecidas por el frío, con ropa descuidada, piecitos helados con dedos que asoman en sus zapatillas desgastadas por el disfrute de patear una pelota de trapo...

Ojalá mis niños, hoy jóvenes y tal vez padres de familia, sean artistas hacedores de su propia vida, poniendo arte y creatividad en el oficio que desempeñen.

Que los artistas callejeros se multipliquen para que en cada muro, en cada trazo y en cada color puedan transmitir mensajes positivos, despertar emociones, invitar a la reflexión y regalarle al caminante *"una mirada diferente del mundo"*.



Elsa Iris Alvarez
Santa Rosa – La Pampa